

GALERÍA

NINGUNA RELACIÓN ES DURADERA CUANDO EL YO VA PRIMERO Gaceta Nº 130 - Noviembre de 2011



¡¡HOLA!!

La historia de la “Ñ”

¿Te imaginas que no pudieses llamar a un niño? ¿O no sentir morriña del lugar donde naciste? ¿No celebrar una fiesta de cumpleaños? ¿Ser incapaz de soñar? O peor aún, ¿no poder hablar español? Porque todo eso ocurriría si la letra Ñ no existiese en nuestro alfabeto.

La ñ, letra característica del español, es la decimoséptima letra del abecedario. El origen de esta consonante tan particular parece remontarse a la edad media. Aunque no todos los filólogos están de acuerdo, parece que fue consecuencia natural de un proceso de economía en el lenguaje.

En los monasterios, los amanuenses necesitaban ahorrar letras para invertir menos esfuerzo y papel en copiar manuscritos; más tarde en las imprentas también era beneficioso usar menor espacio y tinta, por lo que era común usar abreviaturas. Nuestra Ñ procede de una abreviatura latina, del uso doble de la n en palabras como “anno” e “Hispannia”. Y en ocasiones, al escribir las dos eses, una se montaba sobre otra, de la siguiente forma:

nn = ñ̄ = ñ

Con el paso del tiempo, la n pequeña se redujo a ser un simple signo ortográfico, una virgulilla, hasta que finalmente nació la castiza ñ como hoy la conocemos. El sonido palatal nasal quedó ligado a esta consonante, que ha sido adoptada por algunas lenguas como el aymara, el bubi, el gallego, el guaraní, el quechua o el tagalo. Otras lenguas románicas, sin embargo, han mantenido una doble grafía para este sonido: ny en catalán, húngaro o indonesio entre otros; gn en francés e italiano, o nh en portugués.

A pesar de ser una letra usada en castellano desde el siglo IX, su uso en las nuevas tecnologías era casi nulo, debido a la supremacía del inglés. Sin embargo, la polémica originada por el proyecto de la Comunidad Económica Europea en 1991 de que en España se comercializasen teclados sin Ñ hizo que se luchase no solo por su conservación, sino también por el reconocimiento que esta letra merece. En primer lugar la RAE, y numerosas figuras del ámbito cultural de la talla de García Márquez, se manifestaron contra esta medida. Hoy día, la Ñ es símbolo único de un idioma que hablan casi 500 millones de personas, preside el logotipo del Instituto Cervantes, y poco a poco va adquiriendo reconocimiento en el ámbito virtual.

Club del Libro en Español - Palacio de las Naciones, Oficina E-1026, primer piso, puerta 40; ☎ 022 917-4839

Sitio web: www.clubdellibro.org - Correo electrónico: clublibro@hotmail.com

(Larry Guillermo Mejía, Premio Platero 2011,
categoría Poesía)

El viaje de regreso

Qué te puedo contar sol si la mar me olvidó

Sal y miletó

Ven

siéntate a la sombra de mi canto
 susúrrame en parsí la lengua de mis padres
 cuéntame del buey almizclero
 que reta el invierno en Canadá y Noruega
 dame la voz del oso gris y el lobo blanco
 que en la noche de plata declama su alma a los
 Cárpatos
 háblame del límite en el horizonte
 que has encontrado al regresar
 y de ese viaje que hacemos contra la muerte
 todo el tiempo
 háblame del éxodo divino
 que alimenta nuestra sangre
 cuéntame de los ritos donde el hambre caza hombres
 mientras el sol cómplice se esconde
 bronceando las islas sanguinarias en Grecia
 al otro lado del mundo
 dime de los sellos en tu pasaporte y corazón
 dame los ritos de los hombres a los dioses politeístas
 háblame de Mindo donde las mariposas abanicán
 sueños
 y la realidad parece parpadear en el aleteo de su danza
 dime cuántas naves tiene tu nombre
 y en cuántos puertos naciste de nuevo
 abrígame con tus manos que ampollaron pájaros
 rabilargos
 en las costas del Caribe
 describe sobre el pentagrama de mis palmas
 la melodía de esos dinosaurios sublimes
 dime de los planetas que escuchaste en la Suecia azul
 y del amarillo Estocolmo
 donde un hombre de apellido Forsberg
 sostiene para siempre en su mano su destino
 dime de esas minas al sur de América
 que entierran esperanzas y ambiciones
 dame la voz del carbón padre del diamante
 háblame de ese renunciamento vano en los cristales
 canta sobre la preciosa piedra que olvida su raíz
 materna
 canta tranquila de las rutas del desierto
 dime sobre esos seres que semejan estatuas
 y sobre esas criaturas que parecen de viento
 dame el último coro de los cisnes en Finlandia
 dame el silencio de las jirafas en Zimbabwe

tú flor uniforme vestida de madre
 flor amable donde encierras libertades
 dame el grito de Extremadura en la voz de la guitarra
 dame la castañuela en la voz de la mirada
 dame el susurro nabateo del Al Deir
 el susurro cansado del Nilo y el Mar Rojo
 Turquía Chipre Líbano Siria Israel Jordania
 y el látigo ciego de la libertad humana
 cuéntame de los millones de indios
 enterrados en las montañas
 cuya entraña catacumba
 ahoga el grito de los sueños
 dame el mapa del laberinto en el cuello de la luna
 dame los ojos de Dios
 en las cataratas del guagua esfinge de Riobamba
 baja del Pichincha la voz de hierro
 que azotó legiones para ser libre
 devuélveme el calor
 y la alucinación de la hoja masticada
 y la ceniza viva
 quemando por dentro
 como infierno propio
 al cruzar Los Andes
 en caminos de piedra y piel de nativo
 dame las carnes en que el sol y la luna
 tallan la historia cruel del tiempo
 dame las dos cuerdas de mi padre quechua
 que cantó en silencio la amenaza del Runtún
 háblame de esa imagen que asustó a mi hermano
 háblame en arameo de esa imagen de cruz y ficción
 dame el grito ronco de los trenes que llevan oro
 dejan muerte y traen vacío
 qué hermosos sueños al calor de una sílaba de té
 dame entonces la voz del tambor navajo
 ahora que nacer ha sido un exilio de la muerte
 ahora que duermen los enemigos del alma
 dame un deseo de viaje
 o una mano tuya de finos dedos
 como manecillas de juventud
 dame la voz del verde amor
 y dime que nos vamos a volver
 en una playa a la entrada del Perú
 tomando vida y pisco
 en los arrecifes de Máncora
 en los cráneos del señor de Sipán
 dame la rosa nueva de la amistad eterna
 dame la voz de todos tus viajes
 creo que ambos necesitamos un amor
 que trabaje preferiblemente para National
 Geographic. □□

EL INDIANO (*continuación y fin*)

Es tarea ardua resumir cinco años de vida, aunque la intensidad de éstos se reduzca al trabajo incesante en el almacén, tratando de apartar una moneda que otra para mi vuelta, idea que desde hacía tiempo me rondaba como un ave de mal agüero. Al fin y al cabo, aquel mundo no es muy diferente de este que abandoné con esperanzas, esperanzas que se desvanecieron bajo la misma tierra que sepultó a mi protector. Él no había alcanzado ningún sueño, si lo tuvo alguna vez. Cuando se lo llevó la enfermedad era un hombre gastado, sin brillo en los ojos, y nada me hacía pensar que mi destino sería distinto. Panizo siguió junto a mí, aunque taciturno y distante como el primer día. Mi única compañía benefactora era La Negra. Aunque yo me procuraba el placer de muchas otras, ella siempre volvía y a veces se quedaba unos días y vivíamos como hombre con su mujer, una mujer menuda y morena que me igualaba en edad, o al menos eso decía ella, aunque sospecho que no recordaba sus años. Era mulata. Sin embargo, y extrañamente, a los ojos de los demás era oscura como un tronco quemado, y de ahí el impreciso apodo con que la bautizaron. Quizás todos vieran dentro de ella algo tenebroso que yo nunca supe vislumbrar. La Negra era una puta, sí, pero en su abrazo encontré cierto sosiego, aunque no me fiara de su palabra. Ella y el chico eran las únicas personas por las que sentía cierto aprecio, aunque el leproso también despertaba mi interés. Un buen día apareció en la plaza, a la caída de la tarde, arrastrando sus harapos y una cadena que hacía sonar para anunciar su presencia. Pronto aprendió a evitar el gran espacio de San Isidro y las acometidas de los soldados que custodiaban la entrada del templo, y encaminar sus lamentos a las callejas adyacentes, donde algunos dejaban una escudilla de agua o vino barato, media hogaza de pan duro, alguna verdura picada o restos de carne seca, y otros descargaban su ira contra él arrojándole fruta podrida, piedras y maldiciones. Yo me limitaba a observar su paso renqueante. Nunca pude ver su rostro, pero siempre sospeché que se trataba de un enfermo fingido, que su deformidad era inexistente, que no era un leproso del cuerpo, sino quizás del alma. Ya me rondaba la idea de abandonar aquel lugar, me sentía cansado y quizás empezaba a entender al de las cadenas, que supuse vivía a las afueras, purgando quién sabe qué pecado cerca de donde enterramos a Mendoza, en alguna choza o cueva donde se escondía de todas las miradas, de todo los desprecios, de su propia locura.

[3]

El miedo recorría el territorio, se sucedían malos tiempos de sequía y violencia, y la fascinación por ver surgir de la nada una nueva ciudad se apagaba en la mayoría de aquellos que llegaron albergando en el pecho una imagen de la tierra prometida. Yo mismo fui uno de ellos. Otros me siguieron, muchos me seguirán. Yo decidí que mi tiempo se había acabado, aquella tierra de promisión no tenía nada más que ofrecerme, yo en cambio se lo había dado todo. La llegada del nuevo año había traído consigo algunos casos aislados de muertes por enfermedad, que fueron más que suficientes para que el temor a una epidemia de ese mal que los indios llaman fiebre del venado desatara el pánico, y los orapronobis, las lamentaciones y el pillaje corrieran por la ciudad como pólvora encendida. A mí todo esto me reblandecía los huesos y decidí huir de nuevo.

...

El hombre que volvió era un hombre distinto al que se fue, lo que había visto había cambiado mi forma de ver y entender el mundo, que se resumía en una honda decepción y se traslucía en una parca indiferencia. Apenas pisé mi tierra natal ya corrían, entre los vecinos que me vieron crecer, rumores sobre mi fantástico cúmulo de riquezas, envueltos en leyendas de piedras preciosas y cofres atestados de alhajas doradas. Después de unos días de acoso y peticiones insatisfechas de historias y préstamos, mis paisanos se convencieron de que mi único tesoro era seguir vivo, y mi rechazo a recibirlos y el tono que empleé con ellos pronto les hizo perder el interés por el recién llegado que no quería aportar reales, diversión ni misterio a sus vidas llenas de escasez, humedad y tristeza.

Justina seguía siendo mi mujer, pero había perdido la juventud y el hijo que llevaba dentro. No le pregunté por ello, pero imaginé que después de mi partida su padre arregló el asunto con alguna vieja arrugada de la aldea que sabía cómo hacer desaparecer lo no deseado a cambio de un justo pago por su trabajo y su silencio. El tiempo y el rencor habían transformado a Justina en una mujer amarga, había permanecido sola durante diez años porque mi huida la convertía en una mujer casada y mancillada, ningún hombre se acercaría a ella a no ser que hubiera de por medio unas monedas y unas faldas levantadas. Supongo que no podía culparla por odiarme, así que no me negué cuando se vino a vivir a mi casucha, retomando lo que había quedado en suspenso después de mi fuga. A pesar de todo yo seguía siendo un hombre y necesitaba de compañía ahora que

La Negra quedaba lejos, y no me opuse a este arreglo porque era lo más fácil, aunque no tardé en arrepentirme. La plata ahorrada allá y la experiencia acumulada en la mercadería fueron suficientes para iniciar un negocio. Me decidí a vender la carne de los animales que otros mataban tan sólo porque me ofrecieron un buen trato, y así comencé a recorrer la comarca de feria en feria, de romería en romería, con mi delantal de cuero curtido y mis cuchillos bien afilados arrancando piernas de cordero y recortando morros de puerco. Unos meses fueron suficientes para convencer a Justina de que era casi tan pobre como cuando nos abrazábamos en el bosque años atrás. Siempre creyó que yo volvería del Perú con un tesoro y quizás un título de tierras a mi nombre bajo el brazo. Todos daban por hecho que había estado en aquel lugar y yo no les contradije cuando algunos empezaron a llamarme El Perulero y otros, con menos sorna, El Indiano, yo respondía a todos con una mueca de disgusto, pero ella no quiso o no pudo renunciar a su sueño. En cambio compartía el lecho con un hombre callado, de mirada perdida, con falta de ambición y fortuna que despedazaba animales y no le dirigía la palabra más de lo estrictamente necesario. Estaba decepcionada porque su príncipe había vuelto abatido, sin una leyenda a su espalda que le diera lustre, y con un puñado de plata en vez de un cetro de oro.

Para mí la situación se fue haciendo cada día más insoportable, pasaba mucho tiempo deambulando entre los árboles que antes derribara, huyendo de los reproches constantes de una Justina que ya no disimulaba su furia, que me achacaba el origen de todos los males que ella padecía. Frecuentaba de nuevo la taberna, aunque pasaba de largo ante la puerta de la de mi suegro; con un enemigo en casa tenía bastante. Bebía hasta tarde, dilatando mi regreso, intentando no despertar a Justina, pero a veces me esperaba junto a la puerta con su ristra de improperios, con la que me fustigaba como si se tratara de una vara verde.

Mi ánimo resistió apenas un año a sus hirientes lamentos y aquella noche todo terminó enseguida, no le dio tiempo a gritar más que una vez, no le iba a permitir que me atosigase de nuevo con sus majaderías de esposa resentida y marchita. El vino de la tarde, que aún me agriaba la boca, le daba a mi cara el gesto preciso, le escupí lleno de hartazgo que era una loca, y que volvería a marcharme, esta vez para siempre, se agarró a mí, me arañó el cuello, que empezó a arder por su ataque y mi rabia, intenté desasir sus dedos de mi pelo, estaba mareado y quería que todo acabara, así que la golpeé y soltó un gemido, aunque seguía pegada a mí. Su aliento era amargo, la empujé con fuerza y cayó hacia atrás, se golpeó la cabeza con el suelo y por fin hubo silencio. Me senté a descansar, la cabeza me daba vueltas, por unos segundos deseé estar de nuevo en Buen Aire, junto al cuerpo desnudo de La Negra, agazapado en su cálido abrazo, pero se cernían sobre mí imágenes de indios con gargantas cercenadas, de enfermos con sangre reseca, de cadáveres que caían por la borda astillada de un barco, me tambaleé y mientras caía al suelo mis labios dejaron escapar un susurro: ¡Mendoza, ayúdame! Cerré los ojos y la calma de la noche me fue despejando la cabeza de alcohol y de dudas.

...

Aún no sé cómo lo descubrieron, quizás algún cabello suyo o un pedazo de sus dedos quedó entre los trozos de carne. Me fue más fácil venderla que desmembrarla. Teniendo en cuenta que se acercaban las fiestas de la Natividad muchos se acercaron al puesto a proveerse de un poco de carne para sus despensas. Dos días después, supongo que alertados por un comprador avisado y no satisfecho con el sabor o el aspecto de su comida, y por la ausencia de mi mujer, una multitud encabezada por el padre de Justina me cercó junto a mi casucha, como jauría tras jabalí. Eché a correr hacia el bosque empujado por el miedo que me produjo la visión, que me recordó a aquella masa enfurecida que se agolpaba alrededor del fuego purificador de la plaza de San Isidro. Sabía que mi vida pendía de un hilo. Al llegar al final de la tapia del cementerio, tropecé y caí golpeándome la frente con una piedra. La sangre inundó mis ojos y sólo tuve tiempo de oír el graznido de un cuervo y el vocerío que se acercaba a mis espaldas antes de perder el conocimiento.

Fue todo muy rápido, yo seguía aturdido y apenas acusé los golpes y las patadas antes de que me alzarán bajo las ramas. Ahora estoy sereno pues todo ha terminado. Desde mi árbol, este roble que nunca fue herido por el hacha, observo los restos de mi ajusticiamiento. La cuerda sigue amarrada a esa rama fuerte y ancha, cortada en su extremo, donde se balanceó mi cuerpo, que ahora reposa bajo tierra, en una estrecha fosa sin señales tras la tapia del cementerio, fuera del sacro recinto. No importa. Esos perros de corral ya tienen lo que querían, una leyenda, una historia que contar bajo la tormenta, ese será mi legado. Volver no fue un error, allí no me hubiera llorado nadie al morir, ni siquiera La Negra, aquí tampoco llora nadie por mí, pero los niños corean mi nombre en sus danzas inocentes, sin saber que les observo con una sonrisa desde la copa frondosa, escuchando sus cánticos infantiles: Antón, Antón, Antón Perulero / mató a su mujer, la partió en pedazos, / la sacó a vender por cuatro dineros. / Antón, Antón, Antón Perulero / La gente decía ¡Ah, qué buen carnero! / y era la mujer de Antón Perulero / Antón, Antón...□□